



## CAPÍTULO XXI.

Sobre el Rialto, á media noche, paseo cada día mis solitarias imaginaciones. Allá es donde nos veremos.

OTWAY. — *Venecia salvada.*

**D**OMINADO por negros presentimientos, encerréme en mi habitacion y, después de rechazar las instancias de Andrés, empeñado en acompañarme al sermón de uno de los más patéticos oradores, entreguéme á serias reflexiones.

¿ Qué hacer ?

No había sido jamás lo que se llama supersticioso, pero ¿ qué no acontece al hombre presa de las dificultades anexas á una situación embarazosa ? Sin que le sugiera el raciocinio más que recursos precarios, ¿ no se halla propenso á soltar las riendas á su imaginación ? ¿ No se siente, por ventura, tentado á abandonarse al acaso ó á alguna de esas caprichosas emociones que le avasallan é impulsan su voluntad con movimiento irresistible ? La dureza reflejada en el rostro del comerciante escocés habíame inspirado violenta antipatía : ¿ debía, pues, sin

faltar á los preceptos de cuerda observación, poner mi suerte en sus manos? Por otra parte, las palabras del desconocido vibraban aún en mis oídos, y veía delante la inasequible figura que se había disuelto como fantasma bajo aquellas bóvedas cuyos dominios merecían apellidarse « el valle de las sombras de la muerte. » ¿Cómo un joven, y más siendo poeta, podía sustraerse á tan misteriosa influencia?

Si era verdad que estaba rodeado de peligros, sólo un medio se me ofrecía para conocer la naturaleza de los mismos y saber cómo escapar á ellos: el de asistir á la cita del desconocido, el cual no podía abrigar, con respecto á mí, sinó bondadosos intentos. El recuerdo de Rashleigh y de sus tenebrosos complots acudió más de una vez á mi pensamiento; pero, había sido tan rápido mi viaje, que descarté la suposición de que aquél estuviera ya noticioso de mi llegada á Glasgow, y más á de que hubiera tenido tiempo para tramar alguna maquinación en contra mía. Era yo de natural valeroso y confiado, activo y vigoroso, y mi permanencia en Francia habíame proporcionado alguna habilidad en el manejo de las armas, elemento indispensable, por aquel entonces, á una buena educación. El encuentro de un hombre solo no me espantaba, fuese él quien fuese. En cuanto á un asesinato, no era de temer en el siglo y en el país en que vivía, aparte de que el lugar de la cita era demasiado público para convertirle en teatro de una alevosía.

En una palabra, determiné corresponder al llamamiento, y obrar, en lo demás, según las circunstancias.

Existía en el fondo de mi resolución un móvil cuya influencia en vano trataba de disimularme: el amor. Si: acariciaba la esperanza de que Diana (sin explicarme el cómo ni los medios,) no era agena á la singular aventura de la iglesia. « Sólo ella, — me dije, dócil al insidioso pensamiento, — sólo ella estaba en el secreto de mi viaje. Según confesión propia, contaba con amigos y con crédito en Escocia, y habíame entregado un talismán, cuya virtud probaría yo, á falta de otro recurso. ¿Quién, pues, sinó Diana, podía tener, con el conocimiento de los peligros pendientes sobre mi cabeza, el deseo y los medios de preservarme de ellos? »

Semejante idea, solución lisonjera de un caso muy dudoso, no cesó de atormentar mi alma. Por de pronto, insinuóse humildemente antes de la hora de comer; después, hizo relucir sus atractivos cambiantes durante mi frugal refrigerio, y dominóme, al fin, con tanta insistencia, (mediante el auxilio, tal vez, de algunos vasos de vino generoso) que, intentando desesperado esfuerzo para arrancar el seductor engaño que me impulsaba á seguirla, aparté mi vaso, abandoné la mesa, tomé el sombrero y lancéme á la calle.

¡ Ilusión de la voluntad! En el instante mismo en que hacía por sacudir la obsesión de tal pensamiento, cedía á éste sin darme cuenta de que cedía, puesto que tomaba maquinalmente el camino del puente del Clyde, lugar de la cita á que se me había invitado.

Por atención á la mesonera, que tenía escrúpulos en encender los hornillos en domingo, y para atemperarme á la prevención de permanecer en casa, no había comido hasta después de la función religiosa de la tarde, y debía sufrir aún la espera de algunas horas. Si ésta fué desagradable y penosa ya se deja suponer, y apenas si acierto á darme cuenta de cómo pasó.

Personas de todas edades, con el recogimiento adecuado á la santidad del día, surcaban, en grupos, el vasto prado situado al norte de la orilla, que servía de paseo á los habitantes de Glasgow, ó atravesaban con lentitud el puente que conduce á los distritos meridionales del condado. Lo que me chocó fué el porte devoto de cada uno de los transeuntes, afectado, sin duda, por lo que respecta á algunos, pero sencillo y sincero en cuanto á la mayoría, contribuyendo á templar la petulante alegría de la juventud y á contener las discusiones de los hombres en discretos límites. Nada de algazara, ni siquiera ese zumbido que se eleva de en medio de las multitudes. Pocas personas volvían sobre sus pasos para dedicarse al ejercicio del paseo, por más que contribuyeran á invitarles á ello lo apacible de la tarde y la belleza del lugar. Volvíanse tranquilamente á sus casas; lo que, á los ojos de un recién-llegado de país extranjero, donde el domingo se santifica con menos rigo-

rismo, presentaba un espectáculo que tenía algo de imponente y de ejemplar á la vez.

Acabé por comprender que mis idas y venidas, á lo largo de la ribera, llamarían la atención de los numerosos transeúntes ante los cuales pasaba sin cesar, ya que no me expusieran á su crítica. Separándome, en consecuencia, del camino frecuenta-



do, hice por engañar mi impaciencia dirigiendo mis pasos por la pradera, de modo que evitara la pública atención. Estando, como estaba, el paseo cortado por varias avenidas, con plantaciones de árboles, la pueril maniobra que medité no era de difícil ejecución.

Tomando cuesta abajo, por una de aquellas avenidas, la voz acre y pretenciosa de Andrés sonó á mis oídos con gran sorpresa de parte mía. Engreído por el convencimiento de su suficiencia, levantaba aquélla hasta un tono ruidoso que se avenía mal con la reserva de sus correligionarios. Esconderme tras de los árboles sería comprometer tal vez mi dignidad, pero no se me ocurrió medio más socorrido para sustraerme al impertinente, á su pesada oficiosidad y á su curiosidad aún más inoportuna. Platicaba con un hombre de aspecto grave, vestido

negro, sombrero agachado sobre los ojos, envuelto en capa genovesa. Noté que hablaba de mí, y el boceto que trazaba, si bien mortificaba mi amor propio, que veía en él solo una caricatura, no dejaba de ofrecer cierto parecido.

— Si, si, señor Hammorgaw: — afirmaba el traidor, — es tal como os lo digo. No está completamente privado de buen sentido, no; entrevé lo razonable... pero, en cuanto se le ha ocurrido, ¡ buenas noches! ¡ Fuego de pajas! Es un atolondrado, que trae los sesos barajados y mechados con una porción de tonterías y de simplezas poéticas... Se queda en babia ante un tronco de encina, añejo y desnudo, como si fuera un peral en plena fructificación, y una roca pelada, con una miajilla de agua manando de ella, le hace el efecto de un jardín cubierto de flores y de plantas raras. Añadid que va á echar párrafos con cierta taimada niña llamada Diana Vernon... Mejor fuera llamarla Diana de Éfeso, pues no vale más que una pagana cualquiera... ¿ Qué digo más? Peor es la tal chica... ¡ papista, verdadera papista!... Charlaría, pues, con ella ó con otra estafalaria de su estofa, primero que escuchar, durante todos los días de su vida, las buenas palabras vuestras, mías ó de cualquiera otra persona sensata y respetable. ¿ Las razones? No puede sufrirlas, señor... Vanidades é inconsecuencias del mundo: hé aquí su aspiración. Un día me dijo (¡ pobre criatura ciega!) que los salmos de David respiraban excelente poesía. ¡ No parece sinó que el santo salmista se entretuvo en buscar repiqueteos de rimas, á diestro y siniestro, como hace él con sus fárragos de vaciedades que llama versos! ¡ Dios le perdone! Dos líneas de nuestro David Lindsay valen más que cuanto ha garabateado el mozo en toda su vida.

Nadie extrañará que, oyendo tan grotesca pintura de mi carácter y aficiones, me sintiera tentado á dar, sobre la marcha, al señor de Bonservice la desagradable sorpresa de una de palos. Su amigo significaba únicamente su atención con exclamaciones de « ¡ Ah!... ¡ Ah!... ¿ Conque sí, eh? » y otras por el estilo, cada vez que maese Bonservice suspendía el discurso. Al cabo, hubo de dirigirle una observación algo más prolongada,

cuyo sentido no comprendí sino después de la respuesta de mi honrado servidor.

— ¿Qué le explique mi modo de pensar? ¡ Muchas gracias ! ¿ No fuera acaso Andrés quien pagaría los gastos ? Es el diablo en carne y huesos, caro mío. Parece al viejo jabalí de Gilles : mostradle el arambel y ya se pone furioso... ¿ Por qué vivo con él , decís ? A fe mía , que ni yo mismo lo entiendo. Al fin y á la postre, no es mal chico y necesita una persona cuidadosa que le vigile... No es de los de puño cerrado, y el oro sale al través , como agua. No hace mal en ello , cuando saca la bolsa de la faltriquera , que raras veces halla dentro. Aparte de que es hijo de familia dotado de muy lindos conocimientos... Nada : que mi corazón se siente atraído hácia ese pobre atollado, señor Hammorgaw... aun prescindiendo del sueldo.

Al llegar á tal punto de su instructiva conferencia , mi señor Bonservice bajó la voz y adoptó un tono más propio del lugar y del día. Los dos conferenciantes se alejaron y no oí más.

Mi indignación fué viva , de momento , mas cedió luego á una reflexión que hubiera podido salir de labios de Andrés. « ¡ Peor para quien se pone á escuchar sin ser visto ! Nada oír de bueno respecto á su persona. » El que , apostado , coloca el oído á la puerta de su antecámara , debe resignarse á sufrir el escarpelo de un anatómico de la fuerza de mi criado. A más de que el encuentro no fué inútil para mí , ya que imprimió curso diverso á mis ideas y ayudóme á matar el rato.

La noche comenzaba á adelantar y la creciente oscuridad cubría ya las aguas apacibles del dilatado río de un tinte sombrío y uniforme que , á los pálidos rayos de la luna en menguante, revistió pronto lúgubre aspecto. El antiguo puente sobre el Clyde semejaba , perdido en tinieblas , al que describe la incomparable visión de Mirza á través del Valle de Miseria. Sus arcos , estrechos y bajos , tan poco visibles como la corriente que dominaban , parecían más bien cavernas en que se hundían las negruzcas aguas , que aberturas destinadas á darlas paso. La noche distribuía por todas partes la calma y el silencio. Acá y acullá , brillaba en la ribera un farol , á cuya luz los grupos

de rezagados entraban en sus casas , después de cenar en compañía , pues la comida de la noche es la única que consiente en domingo la austeridad presbiteriana. Percibiase , asimismo , á lo lejos , el ruido de los pasos de algún caballo , montado , sin duda , por un colono , regresando á su casa de campo después de un día pasado en la villa. Poco á poco , luces y ruidos escasearon más , cesando , al fin , por completo.

Quedé solo para disfrutar , á lo largo de la orilla , del goce del paseo , en medio de un silencio solemne interrumpido sólo por los diversos relojes que sucesivamente daban la hora.

A medida que avanzaba la noche , la incertidumbre de mi situación no hacia sino dar creces á una impaciencia que apenas podía yo dominar. Asaltáronme las dudas. ¿ Era víctima de un chusco ó de un traidor ? ¿ Había querido burlarse de mí ó atraerme á una emboscada ? Recorrí , entre angustiado y colérico , el pequeño muelle cercano al puente.

Por fin , la primera campanada de media-noche sonó en la torre de la catedral de San Mungo , y los campanarios todos de la parroquia , á fuer de diocesanos fieles , repitieron la señal.

La última vibración acababa de extinguirse , cuando una forma humana , la primera que veía de dos horas á aquella parte , aparecióseme al extremo del puente por el lado de la campiña. Fui de prisa á su encuentro , como si mi suerte dependiera del resultado de la entrevista. Todo lo que pude distinguir del recién llegado , fué que era rechoncho , de estatura regular , más bien baja , de apariencia recia y vigorosa , y que traía puesta una capa de caballero. Moderé el paso , casi me detuve , creyendo que iba el otro á acercárase ; pero , con extremo desengaño mío , pasó sin hablar palabra. Carecía yo de motivo para dirigírsela á un transeunte , el cual podía ser completamente extraño á la cita , ( siquiera estuviera presente en aquel lugar y á dicha hora , ) y , por ende , miré alejarse á mi hombre nó sin preguntarme á mí propio si debía seguirle.

Llegado al extremo del puente , paróse el desconocido , dirigió una ojeada atrás y , dando media vuelta , reemprendió la marcha hácia mí. Esta vez resolví no consentirle la excusa de

guardar silencio, y tratarle como se trata á los aparecidos, los cuales, según creencia popular, no pueden hablar hasta que se les interroga.

— ¡Muy tarde os paseáis, caballero! — dijele cuando estuvo cercano á mí.

— Concurro á la cita, — respondió, — y vos hacéis lo propio. ¿No es verdad, señor Osbaldistone?

— ¿Sois, pues, vos quien me ha invitado á una entrevista aquí y en hora tan inusitada?

— Si: seguidme y sabréis el motivo.

— Antes de seguiros, fuerza será que conozca vuestro nombre y vuestras intenciones.

— ¿Quién soy? Un hombre, y mis intenciones para con vos son buenas.

— ¡Un hombre! Lacónica es la respuesta.

— Sobrada en quien no ha de dar otra. El que carece de nombre, de amigos, de dinero y de patria, es todavía hombre sin que lo sea más quien lo posee todo.

— Datos excesivamente vagos para que me abandone á la discreción de un desconocido.

— Y, no obstante, tendréis que contentaros con ellos. Ved lo que os place: si seguirme, ó bien renunciar á lo que deseaba comunicaros.

— ¿No podéis comunicármelo aquí?

— Debéis ver por vuestros propios ojos y no saber por boca mia. Repito que escojáis entre seguirme ó quedar en la ignorancia.

Había en el acento del desconocido algo de compendioso, de decidido, hasta de rudo, que no era muy á propósito para imponer absoluta confianza.

— ¿Qué teméis? — replicó con impaciencia. — ¿Créis que vuestra vida sea de importancia tal que apetezca alguno el quitárosla?

— Nada temo, — contesté en tono firme, si bien algo precipitado. — Andad: os sigo.

Contra lo que yo presumía, hizome entrar de nuevo en la

villa, y nos deslizamos, á guisa de fantasmas, á lo largo de las desiertas y tranquilas calles. Las altas y oscurecidas casas de piedra, con sus ventanales esculpidos y sobrecargados de ornamentación, semejaban enormes sepulcros bañados por la pálida claridad de la luna.

A los pocos minutos de andar, mi guía rompió el silencio.

— ¿Tenéis miedo? — preguntóme.

— Os repetiré vuestras palabras, — respondí: — ¿Por qué tener miedo?

— Porque vais con un extraño, tal vez con un enemigo, en medio de una villa en que los vuestros abundan sin que contéis con amigo alguno.

— No temo á ellos ni á vos. Soy joven, soy activo, y voy bien armado.

— Pues yo sin armas. ¡Poco importa! Un brazo firme las suple. ¿Deciais que nada teméis? Si supierais con quien váis, puede que tuvierais menos confianza.

— ¿Por qué razón? Os lo he dicho ya: no os tengo miedo.

— ¿Qué no? Es muy posible; pero ¿y las consecuencias de ser sorprendido con una persona cuyo nombre murmurado en esta calle solitaria haría levantar las piedras contra él para que le echaran mano; en cuya cabeza la mitad de los habitantes de Glasgow fundaría la esperanza de su fortuna, como en el hallazgo de un tesoro, si tuviera la de apretarle el gáznate, y cuya detención fuera noticia tan celebrada en Edimburgo como la de una victoria en Flandes? Saber todo eso ¿no os helaría de espanto?

— ¿Quién sois, pues, y qué nombre es el vuestro que inspira tan gran terror?

— No soy enemigo vuestro, puesto que os acompaño á un lugar en que, si me reconocieran, pondríanme inmediatamente cadenas á los piés y cuerda al pescuezo.

Detúveme y, erguido en mitad de la calle, retrocedí un paso para medir con mis ojos á mi compañero.

— Habéis hablado demasiado, ó poco, — le dije; — demasiado, para que fie en vos, extranjero y culpable según las

leyes de este país; poco, si es que no merecéis ser objeto de tanto rigor.

Al observar que se disponía á acercárame, puse mano en mi espada.



— ¡Cómo! — exclamó. — ¿Contra un hombre desarmado? ¿Contra un amigo?

— Ignoro aún si sois lo uno ó lo otro, y... acabemos: vuestras palabras y maneras son tales, que me obligan á dudar.

— Habláis como un valiente, y yo respeto á aquellos cuyo brazo sabe proteger la cabeza. Franqueza por franqueza, pues: os llevo á la cárcel.

— ¡A la cárcel! ¿En virtud de qué orden? ¿Por qué delito? Me arrancaréis la vida primero que la libertad. Os desafío y no os sigo más.

— No es para encerraros que os llevo á la cárcel. ¿Me tomáis por un agente de policía ó por un oficial del *sheriff*? (1) — añadió irguiéndose con altivez. — No: os acompaño á visitar

(1) Magistrado ó juez.

un prisionero, por cuyos labios os enteraréis del peligro que os amenaza. Vuestra libertad no lo correrá allá dentro y, aunque á la mía le acontezca algo temible, me expondré por vos de buen grado, pues los peligros no me asustan, y profeso, además, cariño á la valerosa juventud que no cuenta con otra protección que la de su espada.

Hablando de esta suerte habíamos llegado á la calle principal. Mi compañero se detuvo ante un gran edificio de piedra maciza, cuyas ventanas tenían sendos barrotes de hierro.

— ¡Qué no dieran el preboste y los jueces de Glasgow, — dijo el desconocido cuyo acento escocés se denunciaba más y más, á medida que iba adoptando el tono de la conversación familiar, — qué no dieran todos para meter en jaula y ponerle ataduras de hierro sobre las mangas, á aquél cuyas piernas son tan libres como las del ciervo en pleno bosque! Y con ello nada adelantarian, pues cargado con un peso de veinte libras en cada clavija, se hallarían, á la siguiente mañana, con un cuarto vacío y un inquilino de menos. Pero ¿qué hacemos parados aquí? Entremos.

Llamó suavemente en una rejilla. Una voz aguda, parecida á la de hombre arrancado, con sobresalto, al descanso ó al soñar, gritó:

— ¿Quién va allá? ¿Qué hay? ¿Qué diablo pedís á estas horas? Es contrario á reglamento, como dicen ellos... contrario, sin duda... contrario...

La inflexión trabajosa de las últimas palabras anunciaba que quien las acababa de pronunciar deseaba sólo reanudar el sueño. Mi guía le dijo entonces alzando la voz:

— Bravo Dougal, ¿has perdido la memoria? Aquí está MacGregor (1).

— ¡Allá voy, allá voy! — respondió el otro vivamente y acudiendo á toda prisa.

Mi acompañante y el carcelero cambiaron, á través del postigo, algunas frases en una lengua absolutamente desconocida

(1) *Ha nun Gregarach.*

para mí. Corriéronse los cerrojos, con una cautela que indicaba el temor de ser oído, y penetramos en un reducido cuerpo de guardia, vestibulo de la cárcel (1) de Glasgow.

Una estrecha escalera conducía al piso superior, y dos ó tres puertas provistas de rejillas, de cerrojos y de barras de hierro, daban ingreso á los departamentos de la planta baja. Las paredes tenían, por únicos adornos muy propios de semejante lugar, cadenas y aparatos extraños reservados para usos más inhumanos; partesanas (2), mosquetes y pistolas antiguas, junto con otras armas ofensivas y defensivas.

Viéndome metido, por manera tan repentina é inesperada, á guisa de fraude, digámoslo así, en una de las fortalezas públicas de Escocia, hube de recordar mi aventura del Northumberland. ¿Por qué ironía de la suerte una sucesión de extraños acontecimientos amenazaba, sin falta mía, con exponerme aún á peligrosa oposición con las leyes de un país á que había pasado en calidad de extranjero?

(1) Tolbooth.

(2) Especie de alabardas.



## CAPÍTULO XXII.

Mira á tu alrededor, joven Astolfo: hé aqui el lugar donde, cuando son pobres, se envia á los hombres á morir de inanición: ¡cruel remedio, á fe mia, para una triste enfermedad!

LA CÁRCEL.— *Tragedia.*

**T**RASPUESTO el dintel de la puerta, apresuréme á dirigir la mirada hacia mi acompañante, mas la lámpara del vestibulo daba luz escasa para permitir á mi curiosidad el distinguir, con perfección, la fisonomía de aquél. En cuanto el portero tomó la lámpara en su mano, la claridad iluminó de lleno su figura, que me pareció también digna de atención.

Era una especie de animal silvestre, cubierta la cabeza grande por un verdadero bosque de cabellos rojos, que ocultaban buena parte de su faz. Alegría extravagante se habia apoderado de él á la vista de mi compañero. Nada, que recuerde, he hallado jamás, que ofreciere tan por completo la imagen de un repugnante y feroz salvaje adorando el ídolo de su tribu. Ges-